



La violencia se desató inmediatamente después de conocerse la noticia del asesinato de Martin Lutero King. En Washington fueron incendiadas numerosas casas.

# EL SEGUNDO FRENTE

**E**L Premio Nobel de la Paz había recaído por dos veces en negros a lo largo de su historia. Uno fue el sudafricano Albert Luthuli, el otro el pastor Martin Lutero King, de los Estados Unidos. Los dos han muerto de muerte violenta. Uno y otro habían intentado una forma de reconciliación entre razas. Luthuli había pasado muchos años de su vida en la cárcel. Estaba

confinado en su propio domicilio. Dicen que había perdido la vista y que no pudo ver la proximidad de un tren que le arrolló. Esto implica que había perdido también el oído, hasta el tacto para saber que paseaba por una vía del tren, e incluso el sentido común, que hace poco recomendable para un anciano pasar por el mismo sitio que utilizan los ferrocarriles. Aquella muerte accidental se aceptó

sin más análisis. Fue un accidente. El último negro portador de esa indudablemente terrible carga que es el Premio Nobel de la Paz era el pastor Martin Lutero King. No hay eufemismos para su muerte. Descansaba en la baranda de un hotel de la ciudad de Memphis cuando, a cierta distancia, un fusil con mira telescópica, sostenido por un joven de raza blanca, rubio canoso, bien vestido, le

estaba apuntando. Martin Lutero King decía a uno de sus acompañantes en ese momento: «Esta noche entona el himno "Dios bendito" y cántalo bien». El elegante joven blanco oprimió en ese momento su gatillo; Martin Lutero King cayó herido de muerte y el joven asesino huyó en lo que se describe como un automóvil de último modelo. Desnudo, en el hospital el cuerpo de Martin Lutero

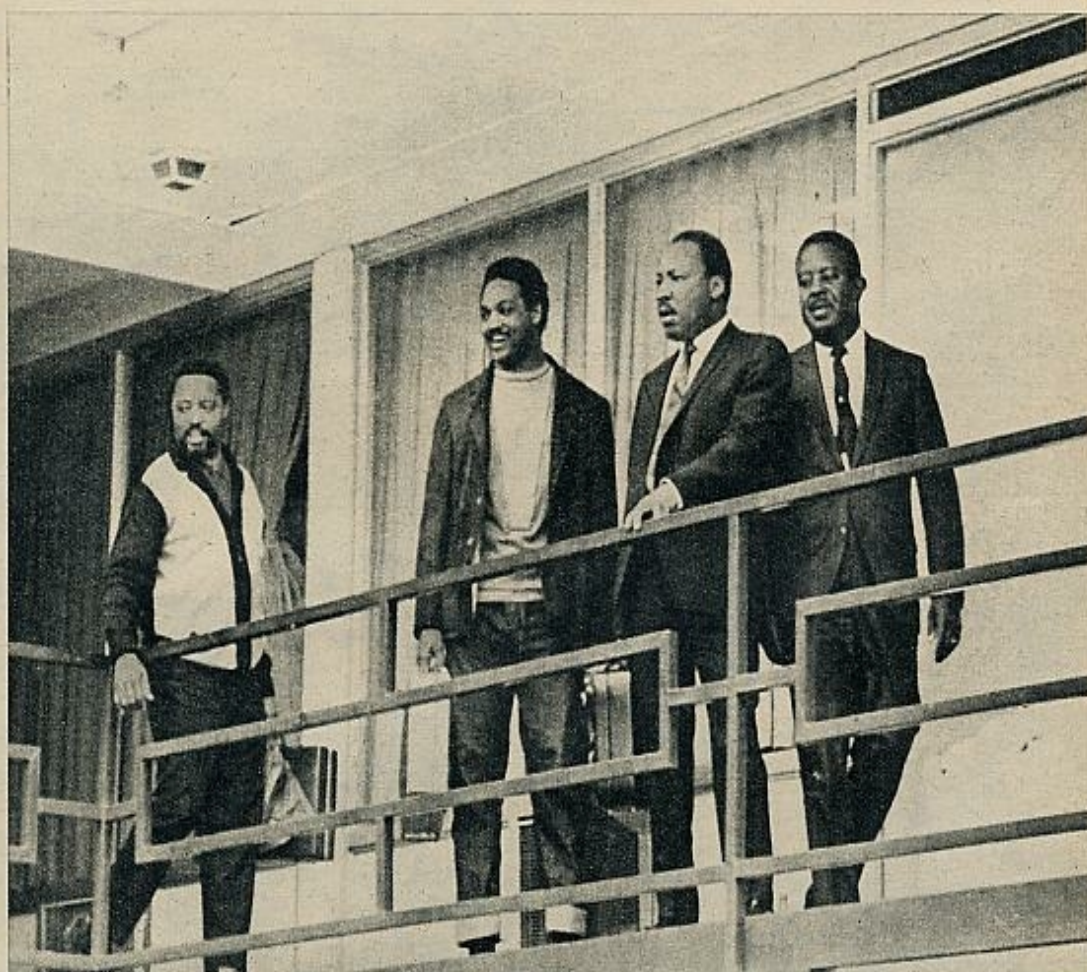


# El «poder negro» pide armas

King ofrecía, además de la herida mortal, otras cicatrices. Había sido, a lo largo de su vida, apuñalado, acuchillado, apaleado, encarcelado. Alguien había arrojado una bomba a su casa, en Montgomery, cuando era estudiante de filosofía. Alguien le había dado una pedrada en la cabeza, en Chicago. Alguien, también en Chicago, había herido de una cuchillada a un joven negro de diecisiete años que le acompañaba (alguien con mala puntería); alguien, llamado Wallace, gobernador entonces, aspirante hoy a la Presidencia de los Estados Unidos, le había encarcelado en Birmingham. La biografía de un Premio Nobel de la Paz parece ser ésta. La de Luthuli, la de Martín Lutero King. Una vida de martirio, y al final la muerte. El asesinato.

¿Qué predicaba Martín Lutero King? El final del odio. Decía: «El odio engendra odio, la violencia engendra violencia». Palabras cristianas, palabras de la mística oriental. Rabindranath Tagore decía: «Si el odio responde al odio, ¿cuándo terminará el odio?». Y Gandhi hablaba de la «religión de la no violencia», del «poder de la no violencia». Oponía la «violencia desordenada» al «orden tranquilo». Mientras oraba, en pleno orden tranquilo, de un día de 1948, Gandhi fue asesinado. Parece ser que el odio puede engendrar odio. Es una suposición lógica. Pero, sin duda, el amor, el pacifismo, la no violencia, inspira mucho más odio aún. El disparo del blanco no ha ido a herir a Rap Brown, o a Stokely Carmichael, los negros que predicaban la revuelta y que serían el punto de mira lógico del odio: ha ido a herir al hombre que predicaba la moderación y la paz. Era un hombre que hablaba de la «necesidad de sufrir» y de «convertir el dolor en un valor positivo»; el hombre que ante el Rey y la Corte de Suecia, cuando recibió el Premio Nobel, en Estocolmo, definió su doctrina con estas palabras: «Vencer la opresión sin recurrir a ella».

Gandhi llevaba más allá sus doctrinas. Gandhi decía a sus discípulos: «Si no sois capaces de la no violencia, adoptad lealmente la violencia». Para Martín Lutero King, esta alternativa no contaba. Su mujer relata —el matrimonio tiene cuatro hijos: el mayor, trece años; la más pequeña, cinco— cómo una de esas noches en que llegaba al hogar, cansado, como cualquier viajante de comercio al final de una jornada dura, y dejaba su cartera negra sobre la mesa para



Martín Lutero King en el balcón del motel de Memphis (cerca del lugar donde sería, al día siguiente, alcanzado por un disparo mortal). A su izquierda, Jesse Jackson, con quien se encontraba conversando en el momento de ser alcanzado por la bala.

abrir una sonrisa blanca a su familia, dijo: «¡Poder negro! Es una expresión terrible que acabo de oír. No podemos aceptar esa frase como lema



Martín Lutero King y Malcolm X: dos líderes negros y dos líneas políticas, la pacífica y la violenta. Malcolm X fue asesinado en febrero de 1965.

para la defensa de nuestros derechos. Va a ser un desafío; va a ser un grito histórico que invadirá las calles. Me da miedo».

El «poder negro» es esta nueva fuerza que ya nadie podrá contener. El «poder negro» acusaba a Martín Lutero King y a los no violentos de retardar la liberación de su raza, la lucha por la igualdad. La no violencia había conseguido todo lo que podía conseguir: la institucionalización de la igualdad racial, la anulación legal de la segregación. Una victoria inoperante. El «poder negro» parte de la idea de que la historia de la Humanidad no ha conocido ningún progreso social que no haya sido fruto de una revolución; que ningún privilegiado —como grupo, sino como individuo— ha cedido jamás nada si no ha sido por la fuerza o por la coacción; que las leyes son posteriores a los estados de hecho —los consagran, los solidifican—, pero que si son anteriores —es decir, si los quieren producir— no tienen re-

sultado. Parte también de la idea de que la situación de los Estados Unidos en el problema racial es ya de guerra civil, de violencia y de crimen. Hay un crimen pálido, invisible, sin sangre: los niños tuberculosos de los ghettos negros, la prostitución infantil y adulta de los dos sexos, el hambre, la enfermedad, el bajo nivel de la vida media entre los negros en comparación con los blancos, son consecuencias de una guerra civil invisible. Parten de una idea técnica: el vacío entre la educación y la formación profesional entre negros y blancos será imposible de colmar por medios «normales», aun en el supuesto de que la legislación se cumpla, y es preciso que una revolución contenga el tiempo histórico, el tiempo técnico.

El «poder negro» pide ahora armas. «Lo que se necesita ahora son armas y más armas», ha pedido Carmichael, dirigente del «poder negro», en el momento de conocer la muerte de King. «Esperaremos, pero sólo





La respuesta de los negros de Nueva York fue inmediata. En Harlem, el barrio negro de la ciudad, fueron arrasadas tiendas como la que aparece en esta foto.



La esposa del asesinado Premio Nobel abandona su casa de Atlanta.

hasta el momento en que podamos adquirir suficientes armas». «La Norteamérica blanca ha declarado la guerra a la Norteamérica negra». No hacían falta estas palabras: las primeras violencias ocurrían casi simultáneamente a la muerte de Lutero King. No hay armas: pero hay gasolina para incendiar, piedras, cuchillos; hasta flechas, como en una ciudad de Florida. A esta declaración de guerra ha reaccionado con otra el poder público: Johnson, anulando su viaje a Honolulu —ahora es más importante la guerra de dentro que la de fuera—, ha proclamado el «estado de violencia y desorden». Contra los negros, evidentemente. Contra la violencia visible, no contra la violencia invisible. Los soldados del tercer regimiento de infantería, los escuadrones del sexto regimiento de caballería, las fuerzas armadas del país, que el secretario de Defensa puede ahora movilizar, y moviliza, por autorización del Presidente Johnson, las fuerzas militares del país, en vista de que

«las fuerzas de la policía local son insuficientes para controlar la situación». Es una medida lógica. Una medida lógica cuando se ha dejado de tomar otra medida lógica: la gran movilización, la proclamación del estado de alarma, de violencia o de desorden, para contener la agresión blanca, la violencia invisible —y muchas veces visible: la violencia del Ku Klux Klan, la de los linchamientos, la de la «negro-hunting» o caza al negro, que todavía en algún lugar queda como residuo clandestino de lo que fue un deporte señorial— que hubiese modificado honestamente la situación. «Prefiero la injusticia al desorden», decía el nefasto Goethe. Tiene muchos admiradores.

Y así este gran país que es los Estados Unidos entra en otro círculo vicioso, en uno de los muchos círculos viciosos a los que su política mediocre le fuerza. Los términos finales de la cuestión pueden ser definitivamente graves. El segundo frente está ya abierto ■ E. H. T.